CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

DE

D. PABLO AVECILLA.

DE FUERA VENDRA.....

PUNTOS DE VENTA EN MADRID:

D. Juan Diaz de los Rios, *calle de Carretas.*

D. José Cuesta, *calle de Carretas 9.*

IMP. DE C. GONZALEZ.—S. Antonio, 26.

1859.

CÁTALOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

DRAMAS
EN TRES Ó MAS ACTOS.

Soberbia y humildad.
Cid Rodrigo de Vivar.
La India.
Vida por honra.
Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duda.
Los Hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El Triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El Hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
Las Jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La Niña del mostrador.
La Mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El Curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El Donativo del diablo.
La Hija de las flores.
El Valor de la mujer.
La Fuerza de voluntad.
La Máscara del crimen.
La Estrella de las Montañas.
La Ley de raza.
Sancho Ortiz de las Rocas.
Andres Chenier.
Adriana.
La Ley de represalias.
El Ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un Hombre de estado.
El Primer Girou.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
Garcia de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS
EN TRES Ó MAS ACTOS.

Por ser ella sin ser ella.
El hijo natural.
El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quien mas mira menos ve.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la córte.
¡Mejor es creer!
Los Organos de Móstoles.
La Escuela de los ministros.
El Fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo.
La Flor de la maravilla.
El Agua mansa.
Un Infierno ó la casa de huésped.
El Duro y el millon.
El Oro y el oropel.
El Médico de cámara.
Un Loco hace ciento.
La Tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El Peluquero de Su Alteza.
La Consola y el espejo.
El Rábano por las hojas.
Tres al saco....
Un Inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los Presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La Escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una Aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los Millonarios.
Los Cuentos de la reina de Nav
El Hermano mayor.
Los Dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un Clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan Garcia.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le dá hijos...!
La Nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.

DE FUERA VENDRA...

PROVERBIO EN UN ACTO, ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON MANUEL GARCÍA GONZALEZ.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. LORRAS

N.º de la procedencia
2036

N.º 333.

MADRID 1859.

IMPRENTA DE C. GONZALEZ, PELAYO, 26.

Digitized by the Internet Archive
in 2020 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/defueravendrapro00garc_1

Esta obra, ès propiedad de DON PABLO AVECILLA, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844 y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que distingue á los legítimos.

720455

PERSONAGES.	ACTORES.
ERNESTO.	Sr. Mario.
DON SEVERO.	Sunyé.
HORTENSIA, *viuda*, 22 *años*.	Sra. Llanos de Valentini.
TOMASA, *doncella de Hortensia*.	Valverde.
UN CRIADO..	N. N.

La escena es en Toledo.

ACTO ÚNICO.

Un salon amueblado con lujo. Al fondo, una puerta grande y dos laterales; una ventana á la derecha. Piano, velador, confidente, etc.

ESCENA PRIMERA.

HORTENSIA.—*Despues* TOMASA. *Hortensia aparece sentada junto al velador, bordando en tapicería. Despues de un instante, agita la campanilla y aparece Tomasa con periódicos.*

HORTEN. Tomasa?

TOMASA. Señorita?

HORTEN. ¿Han traido los periódicos?

TOMASA. Sí, señorita, aquí están. Y por cierto que no son pocos. (*Vá leyendo los títulos á medida que los coloca al lado de Hortensia.*) *El mundo pintoresco.—La Ilustracion.—El Mundo ilustrado.—Nosotros...* Estoy segura, señorita, que usted sola recibe más que todos los de Toledo.

HORTEN. No es estraño; tambien yo sola me fastidio más que todos los que aquí viven.

TOMASA. Y sin embargo, apesar de tantas suscriciones como la señora tiene, ha descuidado suscribirse á la más importante.

HORTEN. A cuál?

TOMASA. Al matrimonio, señorita.

HORTEN. Ay! es tan difícil hallar con quien casarse!

TOMASA. Con todo, la señorita tiene donde escoger... Todos los señores del pais suspiran por ella.

HORTEN. No digo que no... pero entre todos esos señores no he hallado aun un marido de mi gusto, y

estoy decidida á esperar hasta que se presente.

TOMASA. Lo malo será si tarda.

HORTEN. Me parece que á mi edad puede esperarse.

TOMASA. Es verdad.

HORTEN. Cuando me casé con el general Vargas, apenas tenia diez y seis años. Mi tio y único pariente, seducido por el nombre y las riquezas del general, me casó sin consultarme. Por muy bueno que fuese para mí mi marido, no tardé en comprender todo lo que sufre una jóven con un esposo á quien solo ama como un amigo. Te aseguro que la esperiencia de lo pasado me servirá de hoy más para no sufrir otra influencia que la de mi corazon.

TOMASA. Sin duda... Yo lo digo por interés á la señora... Es tan triste vivir sola...

HORTEN. (*Suspirando.*) Oh! sí!

TOMASA. Por muy mal que hablen de los hombres, algunas veces son necesarios. Ahora, por ejemplo, si la señora estuviera casada, podria viajar...

HORTEN. Vivir en Madrid, y no que estoy condenada por las conveniencias á morirme de fastidio en Toledo, espuesta á las necias importunidades de infinidad de adoradores á cual más ridículos, que me abruman con sus declaraciones y sus quejas.

TOMASA. Si una los fuese á creer, se diría que la señora es inhumana... Sobre todo, don Severo...

HORTEN. No me hables de él... su necedad me crispa los nervios. (*Un criado entrando.*) El señor don Severo pregunta si la señora está visible.

TOMASA. Sí... á buena hora llega...

HORTEN. Qué hago?

TOMASA. Si le fastidia á usted, señorita, no le reciba.

HORTEN. Sí, pero volverá diez veces al dia, como tiene de costumbre. Más vale que nos deshagamos de él ahora. (*Al criado.*) Que pase adelante. (*Váse el criado.*)

TOMASA. Es usted demasiado buena... si fuese yo...

HORTEN. No te vayas.

TOMASA. Descuide usted.

ESCENA II.

Las mismas.—Don Severo: *cabellera voluminosa y encrespada. Es muy grueso y habla con voz melíflua.*

Severo. (*Desde la puerta.*) Se puede entrar?
Horten. Entre usted, don Severo.
Severo. No incomodo?
Tomasa. (*Sin que la oiga Hortensia.*) Jesús! Qué hombre!
Severo. Eh? Qué ha dicho usted?
Tomasa. Nada, que aquí tiene usted una silla.
Severo. Ah! gracias! (*A Hortensia que continúa bordando.*) Permite usted que me siente?
Horten. Sí señor.
Severo. (*Vacilando.*) Es... que sentiría...
Horten. Siéntese usted.
Severo. (*Idem.*) Abusar...
Tomasa. (Qué posma!)
Severo. De su...
Tomasa. (*Le coge por los hombros sin que la vea Hortensia que está bordando, y lo hace sentar vivamente.*) Siéntese usted!
Severo. (*Sorprendido.*) Ay!
Horten. Qué ha sido eso?
Severo. Nada, señora. (Esta criada me carga!)
Tomasa. (*Señalando á la cabellera de don Severo.*) (Vaya unas greñas!)
Severo. (*Mirando á Tomasa.*) (No se irá! No quiero hablar de mi amor delante de ella.) (*Mirando á Tomasa.*)
Horten. (*Bordando.*) Y bien, don Severo, qué hay de nuevo en el país?
Severo. (*Afligido.*) Hay novedades.
Horten. Pues qué sucede?
Severo. Ay, señora!...
Horten. Espliquese usted.
Severo. (*Consternado.*) Ya sabe usted que esta es la tierra clásica de los albaricoques...
Horten. Y qué?...
Severo. Que se han perdido, señora!

TOMASA. (Vaya un modo de galantear.)

HORTEN. (*Impaciente.*) Suplico á usted hablemos de otra cosa. Qué tengo yo que ver...

SEVERO. Como usted guste... (Y esta criada que no se vá!) (*Pausa.*) La morriña diezma los ganados...

HORTEN. (*Bostezando.*) (Dios me dé paciencia.)

SEVERO. La cebada ha subido mucho...

TOMASA. Usted... lo habrá sentido...

SEVERO. Sin duda, porque...

HORTEN. Suplico á usted... hable de otra cosa...

SEVERO. Ah! bien quisiera... pero...

HORTEN. Puede usted hablar delante de Tomasa.

SEVERO. Hubiera preferido...

HORTEN. Caballero!

SEVERO. Bien... (*Muy alto.*) Señora...

HORTEN. Caballero!

SEVERO. (*Idem.*) Usted reune la gracia, el talento, la belleza...

HORTEN. Es la vigésima vez que me lo dice.

SEVERO. Usted es bella, graciosa, espiritual...

TOMASA. ¿Y por eso ama usted á mi señora?

SEVERO. Justamente!

TOMASA. Pues no deja de ser sacrificio á que debe estar agradecida.

SEVERO. La amo con todas las fuerzas de mi alma... La amo... como es imposible amar... La amo, en fin, como un loco.

TOMASA. Jesús! Parece mentira.

SEVERO. Eh?

TOMASA. Nada.

SEVERO. (Esta criada es estúpida.) Yo no duermo, yo no como, y vengo á decir á usted: Señora, devuélvame usted el sueño, devuélvame el apetito. (Me parece que me voy esplicando.)

HORTEN. Señor don Severo?

SEVERO. Señora?

HORTEN. Por mi parte puede usted comer, beber y dormir cuanto guste; pero le suplico que no vuelva á hablarme de su amor.

SEVERO. Es usted inhumana, señora.

HORTEN. Otra vez?

SEVERO. Sin duda, usted abrasa á todo el mundo!

HORTEN. (*Riendo.*) Tomasa, trae un vaso de agua para

apagar el fuego de don Severo.

SEVERO. (*Con tono lastimoso.*) Ria usted, ria usted; no por eso lo que he dicho es menos cierto: todo el pais suspira por usted, yo suspiro más que todo el pais; así pues, mientras usted no haya elejido, estaré en mi derecho llamándola inhumana. Sí señora, inhumana!

TOMASA. Ah! si yo estuviera en lugar de la señora! (*Un criado anunciando.*) El señor don Ernesto de Acuña pregunta si la señora está visible.

HORTEN. ¿Don Ernesto? El sobrino de la señora de Dominguez?

SEVERO. Ernesto de Acuña? Calla! Le conozco! Hemos sido amigos de colegio; vive en Madrid.

TOMASA. (*Bajo á Hortensia.*) Puede que sea un marido que nos llega, señorita.

HORTEN. (*Bajo á Tomasa.*) Quieres callar?... (*Examinando su vestido.*) (No puedo recibirle así.) Don Severo, hágame usted el favor de hacerle compañía un momento.

SEVERO. Soy de usted.

HORTEN. (*Al criado.*) Que pase adelante. (*Váse por la izquierda. Tomasa la acompaña.*)

ESCENA III.

DON SEVERO.—*Despues* ERNESTO.

SEVERO. Ernesto! Un amigo de colegio! (*Criado introduciendo á Ernesto.*) La señora ruega á usted que la espere un momento.

ERNEST. Está bien. (*Váse el criado. Saluda á don Severo.*) Caballero...

SEVERO. (No me ha reconocido.)

ERNEST. (Canario! Qué cabellera!)

SEVERO. Hola! Querido Ernesto! (*Movimiento de este.*) No reconoces á tu amigo?...

ERNEST. (*Sin reconocerle.*) Perdone usted, pero...

SEVERO. Severito!

ERNEST. Severito?

SEVERO. Sí, soy Severito.

ERNEST. (*Sin reconocerle.*) Ah! Usted es Severito?

SEVERO. No te acuerdas, hombre? En el colegio de San Felipe Néri de Cádiz?

ERNEST. Ah! sí! Usted es el que estuvo estudiando el sesto de leyes durante siete años?

SEVERO. (*Satisfecho.*) Sí, hombre, el mismo.

ERNEST. Que no pudo traducir en su vida una de las cartas de Ciceron?...

SEVERO. (*Muy alegre.*) Precisamente!

ERNEST. (*Estrechándole la mano.*) Ah! Querido Severito!

SEVERO. (*Estrechándole la otra.*) Querido Ernesto!

ERNEST. Qué casualidad! Pero yo te habia tomado por otro Absalon! ¿Qué especie de cabellera es esa?

SEVERO. No es verdad?... Soberbia! La mejor de toda la ciudad!

ERNEST. (*Burlándose.*) Sí, eh?

SEVERO. Sí, amigo mio. Cuánto me alegro de volverte á ver.

ERNEST. Y yo tambien. No creas que he olvidado que en nuestras querellas siempre tomabas mi defensa.

SEVERO. Qué quieres? Era preciso. Tú estudiabas filosofía, y no me llegabas á los hombros aun. ¿Pero qué ha sido de tí desde que no nos vemos?

ERNEST. He vivido en Madrid, y gracias á mi escelente posicion social, he llevado una vida bastante desahogada. He cultivado las artes, la pintura, la música, las aventuras amorosas... qué sé yo?... En fin, no he desperdiciado el tiempo. Y tú?

SEVERO. Yo tampoco.

ERNEST. Pero qué has hecho?

SEVERO. Yo?... nada.

ERNEST. (*Sonriendo.*) (Pobre Severo!)

SEVERO. Y... vamos, qué te trae por aquí?

ERNEST. La señora de Dominguez, una de mis tias que se halla en la actualidad en los baños de Biarritz, me ha escrito que venga á esperarla á casa de la viuda del general Vargas, parienta suya. Se trata, segun parece, de un casamiento que esa buena tia, antes de salir para los baños, dejó arreglado para mí en uno de estos pueblos. A fé mia, tengo treinta años; me parece que ya es tiempo de tomar un partido; y si la individua me conviene...

SEVERO. (*Suspirando.*) Ah!

ERNEST. ¿A qué viene ese suspiro?

SEVERO. Al hablar de casamiento has vuelto á abrir mi herida.

ERNEST. Tu herida?... Acaso serías?...

SEVERO. Pluguiese á Dios que lo fuera!

ERNEST. Cómo?...

SEVERO. Pero la viudita del general Vargas se niega á ser mi mujer.

ERNEST. (*Cambiando de tono.*) Ah! no nos entendiamos.
¿Pero tan seductora es esa viuda?

SEVERO. Si es seductora! Posee á la vez la gracia, el talento, la belleza...

ERNEST. De veras!

SEVERO. Casada á la edad de diez y seis años con un gegeneral viejo, hace tres que se ha quedado viuda, y aun no ha cumplido los veinte. Su fortuna está valuada en cincuenta mil duros... en fin, reune todas las ventajas... pero ¡ay!... es tan inhumana como seductora.

ERNEST. La inhumanidad es cosa muy rara en las mujeres, y porque no te ame, no es una razon para creer...

SEVERO. Pero, amigo, no es á mí solamente á quien tiene abrasado, es á todos los que la tratan.

ERNEST. (*Interesado.*) De veras?

SEVERO. Sí, y no quiere amar á nadie.

ERNEST. Eso es más grave.

SEVERO. Te aseguro que si tú la enamorases, te pasaba lo mismo.

ERNEST. (*Que ha permanecido pensativo.*) ¿Sabes que se me ha ocurrido una idea?... Si yo os vengase á todos?...

SEVERO. Hé?...

ERNEST. Si; puesto que la casualidad me ha conducido al teatro de vuestros infortunios, me parece que sería una cosa chistosa en estremo el que yo tomase parte en vuestra causa, vengando vuestra derrota con una victoria.

SEVERO. Amigo mio, agradezco tus intenciones, pero no lo conseguirás.

ERNEST. Cómo que no! Pues no faltaba más, sino que

una provinciana se permitiese no amarme... digo á mí, que en Madrid...

SEVERO. Tú no la conoces, amigo mio...

ERNEST. Me amará.

SEVERO. No te amará.

ERNEST. Me amará, te digo.

SEVERO. Que no te amará.

ERNEST. Pardiez! Allá lo veremos!

SEVERO. Silencio! Ahí está.

ESCENA IV.

DON SEVERO.—ERNESTO.—HORTENSIA. *Hortensia y Ernesto se saludan.*

ERNEST. (Bellísima es!)

SEVERO. Señora, mi amigo Ernesto, un madrileño...

ERNEST. (Cállate!)

SEVERO. (Es para facilitarte...)

ERNEST. (Calla.) No teniendo el honor de conocer á usted, señora...

HORTEN. Sé que usted es el sobrino de la señora de Dominguez, parienta mia; ese título basta para que sea usted bien recibido en mi casa.

ERNEST. He venido de órden suya. Hoy llegará sin duda.

HORTEN. Deseo verla cuanto antes.

ERNEST. (Estoy impaciente por comenzar las hostilidades.) (*A Severo.*) (Déjanos.)

SEVERO. (Amigo mio, es inútil, no lo conseguirás.)

ERNEST. (Vé á esperarme al jardin.)

SEVERO. (Bien.) Señora... Hasta luego, amigo Ernesto.

HORTEN. (Gracias á Dios, que se le ha ocurrido algo bueno.) (*Don Severo se vá.*)

ESCENA V.

ERNESTO.—HORTENSIA.

ERNEST. (Decididamente, es bellísima. No me admira que el pobre Severo...)

HORTEN. Hágame usted el gusto de sentarse. (*Se sienta.*)

ERNEST. Gracias. (*Se sienta.*) (*Pausa.*) (Empecemos el si-

tio.) Hace mucho tiempo que deseaba tener el honor de conocer á usted. Mi tia me habia hecho un retrato tan ventajoso, que desde luego lo creí algo exajerado. Sin embargo, permítame usted la diga, que al verla he reconocido que el entusiasmo de mi buena tia estaba por demás justificado, y la suplico me perdone haber dudado un solo instante.

HORTEN. (*Turbada.*) Caballero...

ERNEST. (Se turba, luego no la disgusta.) Solamente me digo lo que he repetido cien veces á mi tia: ¿Cómo es que la señorita Hortensia vive lejos del mundo con sus veinte años, su belleza y su talento?

HORTEN. Por desgracia, me es muy fácil responderle. Soy jóven, y en mi posicion, para vivir en sociedad, me sería preciso un guia, un protector, y no tengo ningun pariente que pueda desempeñar ese papel.

ERNEST. Lo que usted me dice aumenta más y más la estimacion y la simpatía que mi tia me habia enseñado á profesar á usted.

HORTEN. (*Levantándose.*) (Qué dice?)

ERNEST. Al menos, veo con placer que no permanece usted del todo estraña al movimiento literario de la capital. (Pongamos en evidencia mis conocimientos.) (*Designando un grabado del Mundo pintoresco.*) Oh! precioso grabado! (*Examinando un paisaje.*) Aquí tiene un paisaje, falto enteramente de perspectiva.

HORTEN. Conoce usted el dibujo?

ERNEST. Pist! el dibujo, la pintura, y la música... lo bastante para poder hacerme un nombre, si la casualidad no hubiese tenido la necia idea de haberme afligido con un capital de cuarenta mil duros. (Creo que empiezo á interesarla, y con otra entrevista...) Si usted me permite, tengo que dar algunas órdenes á mi criado...

HORTEN. Como usted guste...

ERNEST. (*Observándola.*) (Deliciosa criatura! Casi, casi, tengo remordimientos... (*Cambiando de tono.*) Bah! es una coqueta!) (*Váse.*)

ESCENA VI.

HORTENSIA.

Esas miradas, ese lenguaje, la cita que la señora de Dominguez le ha dado en mi casa, todo eso significa algo. Vamos, no hay duda, se trata de un casamiento. Esta vez no diré que no. Y es muy guapo, habla muy bien... Decididamente, con nuestros bienes podremos vivir en Madrid, recibir, dar bailes, fiestas.. En fin, empezaré á vivir.

ESCENA VII.

HORTENSIA.—TOMASA.

HORTEN. Tomasa, voy á darte una buena noticia.
TOMASA. Buena?
HORTEN. Sí, creo que he hallado un marido.
TOMASA. Un marido! ¿Y dónde, señora?
HORTEN. Aquí mismo. En una palabra, no me estrañaría que Ernesto...
TOMASA. El señorito Ernesto?... Ah! qué error!
HORTEN. Por qué?
TOMASA. El señorito Ernesto es un traidor!
HORTEN. *(Vivamente.)* Esplícate.
TOMASA. Estaba yo en el jardin, detrás del cenador, y hacia un momento oía á don Severo que decia gesticulando: «No, no lo logrará... si ella hubiese debido amar á alguno, seguramente hubiera sido á mí.»
HORTEN. Nécio!
TOMASA. Cuando de pronto llega el señorito Ernesto. «Victoria,» le dijo á don Severo, «todos sereis vengados; esa insensible viuda conocerá á su vez los tormentos amorosos de que ha sabido haceros víctimas.»—«¿Con que te ama pues?»—«El sitio está terminado, amigo mio; solo me falta el último asalto para acabar de rendir su corazon.»

HORTEN. Pero eso es horrible!
TOMASA. Por lo demás, señorita, dice que es usted encantadora.
HORTEN. Ah! esa es una circunstancia atenuante.
TOMASA. Pero dice que es lástima que no sea usted más que una coqueta.
HORTEN. Impertinente!
TOMASA. (*Yendo á la ventana.*) Mire usted, ahí viene para dar el último asalto.
HORTEN. Que venga! Ya le espero!
TOMASA. Pero señora.
HORTEN. Tranquilízate. (*Váse Tomasa por la izquierda.*)

ESCENA VIII.

HORTENSIA.—*Despues* ERNESTO.

HORTEN. Ah! amigo Ernesto! dice usted que soy una coqueta! Hasta aquí no lo he sido para nadie, pero paciencia. Su fatuidad de usted merece una leccion, y yo me encargo de dársela. (*Se sienta en el confidente y se pone á bordar.*)
ERNEST. (*Desde la puerta.*) (Entraremos ahora en la faz del sentimiento... coloquémonos, pues, en situacion.)
HORTEN. (Ahí está.)
ERNEST. (*Dando un suspiro y andando dramáticamente.*) Ay!
HORTEN. (*Con tono natural.*) Es usted?
ERNEST. (*Vuelve á suspirar.*) Si señora.—Ay!
HORTEN. Está usted indispuesto?
ERNEST. (*Con estrañeza.*) Yo? Qué! no!
HORTEN. (*Bordando.*) Ah! me alegro! Siéntese usted aquí. (*Señalando al sofá.*)
ERNEST. (Calla! á su lado!)
HORTEN. Vamos...
ERNEST. Allá voy. (*Se sienta en el sofá muy cerca de Hortensia.*) (Pues, señor, no lo entiendo.)
HORTEN. Ahora, hábleme usted de cosas alegres.
ERNEST. (Alegres?... Me parece que pierdo terreno. Pongámonos en situacion.) (*Suspira.*) Ay!
HORTEN. Otra vez? No piense usted en eso. Yo me habia alegrado tanto al ver llegar á mi casa á un ma-

drileño... creí que amenizaría un poco mi soledad; y ahora veo que su presencia es un suspiro contínuo! Pues protesto!

ERNEST. *(Admirado.)* Cómo!

HORTEN. ¿Se admira usted? Lo comprendo. Usted no conoce mi carácter... Soy la franqueza misma. Cuando debo pasar algun tiempo al lado de una persona, me presento á ella desde luego tal como soy. Así hay más franqueza de una y otra parte.

ERNEST. (Ah! ya! pero... parece que no la he impresionado mucho.)

HORTEN. Y ahora que usted me conoce, le ruego que deje á un lado los suspiros.

ERNEST. *(Con temor.)* Le diré á usted.

HORTEN. Es tan fastidioso... y he oido tantos...

ERNEST. (No sé lo que me pasa.)

HORTEN. Si supiese usted qué triste, qué monótona es esta soledad! Yo me muero en ella de fastidio. No hay la menor distraccion, siempre las mismas caras, los mismos cumplidos... Yo, que solo gusto de lo imprevisto, del movimiento, de la luz... vivo en la oscuridad, entre la monotonía y la inaccion. ¿Querrá usted creer que ni aun música se puede aprender aquí?

ERNEST. De veras? ¿Le gusta á usted la música?

HORTEN. Con locura.

ERNEST. (Aprovechemos esta ocasion.) Si usted me lo permite, voy... *(Dirigiéndose al lado del piano.)*

HORTEN. *(Vivamente.)* No, no; dispense usted si soy franca, pero el timbre de su voz irrita mi sistema nervioso.

ERNEST. *(Sorprendido.)* He!...

HORTEN. De veras. Hábleme usted de Madrid; ese nombre reune para mí todo lo ideal de la vida feliz y brillante. Ah! si yo fuese libre, tomaría parte en esas emociones, en ese movimiento, en esos placeres.

ERNEST. *(Se aleja un poco de Hortensia.)* (¡Qué entusiasmo!)

HORTEN. Asistiría á todas las fiestas!... El baile sobre todo me gusta con delirio... y luego, el brillo

de las luces, la riqueza de los trajes! La música y el wals! Qué embriaguez!

ERNEST. (*Se aleja un poco de Hortensia.*) (Qué ojos! Vamos, cuando yo digo que es bellísima!)

HORTEN. Pero, hijo, aqui es imposible organizar el menor baile. Así es, que apenas halle ocasion de bailar, la aprovecharé... Ah! qué idea! Usted va á servirme de pareja.

ERNEST. Cómo! usted quiere...

HORTEN. Si señor, sí. La polka es mi pasion.

ERNEST. (Quiere polkar conmigo! y sin testigos! Vaya una ocurrencia chistosa!)

HORTEN. Que estoy esperando.

ERNEST. (*Algo turbado.*) Voy.

HORTEN. (*Con impaciencia.*) Vamos, que espero!

ERNEST. Voy, señora. (La situacion es peligrosa... no la miremos.) (*Vuelve la vista.*)

HORTEN. Qué hace usted? Es modo ese de bailar?

ERNEST. (*Cada vez más turbado.*) Es que...

HORTEN. Ponga usted cuidado... míreme usted al menos...

ERNEST. (*Olvidándose y con fuego.*) Pues bien, sí, la miraré...

HORTEN. (*Fingiendo estrañeza.*) Qué le ha dado á usted?

ERNEST. (*Conteniéndose.*) Nada. (No estoy seguro.)

HORTEN. Ahora, podemos comenzar. Marcaré yo el paso, porque si usted lo hace, perderiamos el compás.

ERNEST. (*Pónese á bailar.*) (Qué adorable franqueza!)

HORTEN. (*Despues de algunos pasos.*) Que se equivoca usted!

ERNEST. Es que...

HORTEN. Más de prisa, vamos!

ERNEST. (Me va á hacer bailar como á un trompo.)

HORTEN. Jesús! Qué calma! (*Pónese á polkar muy de prisa.*)

ERNEST. Yo no puedo más! (*Dejan de polkar.*) (Esta mujer tiene electricidad en los piés.)

HORTEN. Ya lo creo, aunque usted no tiene la culpa.... á su edad!...

ERNEST. (*Admirado.*) A mi edad! Señora, no tengo más que treinta años.

HORTEN. Treinta años! Y usted cree que no es ya viejo!

ERNEST. Permítame usted...

HORTEN. Esa es al menos mi opinion. Pero dispénseme usted si le dejo un instante. Voy á mandar que preparen el almuerzo. Hasta luego.—Por supuesto, no necesito decirle que aquí está como en su casa. Mi divisa es franqueza y libertad. (*Váse.*)

ESCENA IX.

ERNESTO, *solo.—Despues de un momento.*

ERNEST. Debo haberle parecido tonto hasta la estupidez! Yo creí que la habia encantado... imbécil! Por mucho que quiera ocultarlo... la amo! Ah! En buena situacion me he puesto!... Qué necia idea tambien la de hacerme el don Quijote de ese imbécil de Severo!—No, y me alegro de que se burle de él! Pues no faltaba más sino que ese alcornoque fuera dueño de semejante tesoro! Canario! Primero que sufrirlo...

ESCENA X.

ERNESTO.—DON SEVERO.

SEVERO. Concluyó el asunto.

ERNEST. (Cuidado que es feo!)

SEVERO. Estamos vengados?

ERNEST. (Y decir que un hombre tan grotesco tenga semejantes pretensiones!)

SEVERO. Te ama al fin?

ERNEST. (*De mal humor.*) Déjame en paz!

SEVERO. Ya estaba yo seguro! Si debiese amar á alguno, no seria sino á mí.

ERNEST. (Me dá compasion.)

SEVERO. Me lo ha dado á entender algunas veces.

ERNEST. (*Con ironía.*) Sí, eh?

SEVERO. Sí, y aun si he de hablarte con franqueza, no desespero de que á fuerza de cuidados, de miramientos... y luego, con esta cabellera...

ERNEST. (Su cabellera!) Pero tú no sabes que yo idolatro á Hortensia?

SEVERO. Que tú la idolatras?
ERNEST. Sí.
SEVERO. Hola! ¿Así es como tú me vengas?
ERNEST. Te prohibo que la ames!
SEVERO. Por supuesto! Eso ya es demasiado!
ERNEST. Demasiado, eh? Te advierto que eres muy feo!
SEVERO. Ernesto!
ERNEST. Que eres muy viejo!
SEVERO. (*Picado.*) Dále! Se me figura que te tomas ciertas libertades...
ERNEST. Debes ser insoportable á Hortensia!
SEVERO. (*Gritando.*) Ten cuidado que me voy á sulfurar... y cuando yo me sulfuro...
ERNEST. Bien, y qué? (*Mirándole cara á cara y con mucha calma.*)
SEVERO. (*Con mucha amabilidad.*) Me sulfuro.

ESCENA XI.

Los mismos.—HORTENSIA.—TOMASA. *Hortensia entra seguida de un criado y de Tomasa, llevando una mesa preparada para el almuerzo.—Váse el criado.*

HORTEN. Señores, vamos á almorzar.
ERNEST. (*Señalando á don Severo.*) (Magnífico! ahora va á deshacerse de él sagazmente, y entonces podré...)
HORTEN. (*A don Severo.*) Se quedará usted con nosotros, no es así?
SEVERO. Señora...
HORTEN. Quédese usted.
ERNEST. (Cómo! Insiste!)
HORTEN. Cuantos más convidados, más se distrae una.
ERNEST. (Me he lucido.)
HORTEN. Vamos, colóquense ustedes... Usted, Ernesto, á mi derecha, y usted, don Severo, á mi izquierda, al lado del corazon.
SEVERO. (Del corazon! Cómo progreso!)
ERNEST. (Estoy ciego de ira!)
TOMASA. (*Examinando la cabeza de don Severo.*) (Jesús! Qué pelos! Ganas me dan de ir por las tijeras.)

HORTEN. (*Haciendo platos.*) Quiere usted un poco de este pastel, Ernesto?
ERNEST. (*Friamente y rehusando.*) Gracias.
HORTEN. (*Ofreciéndoselo.*) Y usted, don Severo?
SEVERO. (*Apresurándose á aceptar.*) Con mucho gusto. (*Come glotonamente.*)
TOMASA. (Y decia que no comía!)
SEVERO. (Está esquisito.)
HORTEN. (*Parece comer con mucho apetito.*) En efecto....
ERNEST. (Y la ingrata come!)
HORTEN. (*A Ernesto.*) ¿No tiene usted ganas?
ERNEST. (*Friamente.*) No señora.
HORTEN. (*Ofreciéndole otro plato.*) Al menos aceptará usted...
ERNEST. (*Rehusando.*) Gracias.
HORTEN. Ah! ¿pero ha almorzado usted ya?
ERNEST. No.
HORTEN. ¿Vive usted del aire? (*Comiendo.*) Aquí vivimos de otra cosa.
ERNEST. (*Con intencion.*) Ya lo veo.
TOMASA. (*Observando á Ernesto.*) (No come? Mi señorita tiene razon. Esta vez la ama de veras...)
HORTEN. Tomasa?
TOMASA. Mande usted.
HORTEN. Vé á preparar el café.
TOMASA. Allá voy. (Y dice que está flaco!) (*Imitando á don Severo que sigue comiendo con glotonería. Váse.*)

ESCENA XII.

HORTENSIA.—ERNESTO.—DON SEVERO.

HORTEN. Ahora, ataquemos al pollo.
ERNEST. (El pollo! Si lo dirá por mí!)
HORTEN. Despues, atacaremos las perdices.
ERNEST. (*Conteniéndose.*) Las perdices!...
HORTEN. Sin duda!... ¿De qué se admira?... Pero ¿qué tiene usted?
ERNEST. (Vamos! Ya no puedo más!...) (*Se levanta.*) Señora...
HORTEN. Caballero...

ERNEST. Poseo veinte mil duros de renta, amo á usted como un loco, y tengo el honor de pedirle su mano.

HORTEN. Cómo?

ERNEST. Sí señora, su mano.

HORTEN. (*Riendo á carcajadas.*) Já, já, já, já!

SEVERO. (*Imitándole.*) Já, já, já, ja!

ERNEST. (*Furioso á don Severo. Este cesa de reir.*) Severo!

HORTEN. (*Continuando.*) Ja, já, já, já!

ERNEST. Señora...

HORTEN. Caballero... já! já! já!

ERNEST. Trate usted más sériamente...

HORTEN. (*Calmándose un poco.*) Yo bien quisiera, pero es tan chistoso...

SEVERO. En efecto, es chistoso... já, já, já!...

ERNEST. (*Apretándole el brazo.*) Quieres callarte!

SEVERO. (*Moviendo el brazo con dolor.*) Cáspita! Qué fuerzas tiene!

HORTEN. Interrumpir un almuerzo para hacer una peticion de esa naturaleza...

ERNEST. Eso le prueba á usted la intensidad del sentimiento que me anima; sí, estoy loco, señora; usted es quien me ha trastornado la cabeza.

HORTEN. Sin embargo, yo no he hecho nada para eso.

ERNEST. ¿Qué importa? Solo sé que la adoro. Respóndame usted sériamente, yo se lo suplico.

HORTEN. Me pone usted en una situacion bastante delicada.

ERNEST. Contésteme usted sí ó no.

HORTEN. ¿Usted lo quiere?... Pues bien... no.

SEVERO. (*Con satisfaccion.*) Bravo!

ERNEST. (*Haciéndole dar una pirueta.*) Quieres callarte!

SEVERO. Canario! Qué fuerzas tiene!

ERNEST. ¿Es posible que desconozca usted tanto amor?

HORTEN. No dudo de él, pero si fuese preciso amar á todos los que nos aman, adónde íbamos á parar!

ERNEST. Es usted cruel.

HORTEN. (Si supiese!...)

ERNEST. Pues bien, una vez que es así, una vez que mi amor solo ha despertado en ese corazon una profunda indiferencia, olvidaré á usted como se

olvida un sueño venturoso. (*Conmovido tomando el sombrero.*) Adios.

HORTEN. (*Turbada.*) Ernesto!

ERNEST. Adios, para siempre. (*Váse.*)

HORTEN. (*Agitada.*) Ah! Dios mio!

SEVERO. (Pues señor, no lo siento.)

ESCENA XIII.

HORTENSIA.—DON SEVERO.

HORTEN. (*Cada vez más agitada.*) Cómo! y se queda usted ahí?

SEVERO. Qué quiere usted que haga?

HORTEN. Corra usted tras él... deténgale!

SEVERO. No comprendo...

HORTEN. (*Con impaciencia.*) Pero corra usted... corra usted...

SEVERO. Voy, allá voy. (*Váse lentamente.*)

ESCENA XIV.

HORTENSIA *sola.*

HORTEN. Pues señor, buena la hemos hecho! Lindamente me he vengado! Decir que he tenido á mis piés á un marido guapísimo, porque lo es, y seré capaz de dejar que se vaya! (*Llama á la campanilla.*) Y Tomasa que no viene!... Estoy segura de que ese viejo estúpido no llega á tiempo. (*Vuelve á llamar.*) Si ha llegado al ferro-carril, no hay medio de detenerle... Vamos, esto es para perder la cabeza. (*Llama muy fuerte.*)

ESCENA XV.

HORTENSIA.—TOMASA.

TOMASA. (*Entra riendo.*) Já! já! já!

HORTEN. Qué hay?

TOMASA. Jesús! Qué tonto es ese señor don Severo! Le he

dado una idea para que se haga amar de usted, señora... ya lo verá.

HORTEN. No se trata de don Severo... sino de Ernesto, que acaba de irse!

TOMASA. Pues entonces, no la ama á usted?

HORTEN. Al contrario, me adora. Se ha ido furioso, porque á fin de darle una leccion fingí despreciarle.

TOMASA. De veras?

HORTEN. Sí, y en este momento habrá llegado á la estacion del camino de hierro.

TOMASA. Pero cuando ha visto usted que la amaba, ¿por qué?...

HORTEN. No sé lo que hacia, Tomasa. ¿Y ahora cómo le detenemos?

TOMASA. Si usted le escribiese...

HORTEN. Escribirle?

TOMASA. Sin duda.

HORTEN. Nunca!

TOMASA. Es el único medio para detenerle.

HORTEN. Bien, le escribiré. (*Se pone á escribir.*) Pero ¿qué le digo?...

TOMASA. Dígale usted: que le ama.

HORTEN. Por supuesto!

TOMASA. No hay tiempo que perder!

HORTEN. Yo no puedo escribir eso!... es imposible!

TOMASA. (*Yendo á la ventana.*) Que el tren va á salir.

HORTEN. (*Turbada.*) Ah! Dios mio!... (*Escribiendo.*) «Ernesto, vuelva usted, se lo suplico.» (*Dándole la carta despues de plegarla.*) Toma el camino de travesía y así llegarás más pronto.

TOMASA. Tranquilicese usted.

HORTEN. Voy á acompañarte hasta el jardin, y cerraré la puerta.

TOMASA. Bien.

HORTEN. Pero vé pronto. (*Vánse las dos.*)

ESCENA XVI.

ERNESTO *solo. Entra por el fondo.*

ERNEST. No, es imposible. No puedo partir así; seria dejar triunfante su coqueteria. Ah! no me ama!

Pues bien, me desquitaré á mi vez, heriré su amor propio... La mesa está puesta todavía... Muy bien, no tengo ganas, pero no importa. comeré! ¿Cómo la haré testigo de esta escena?... Ah! ahí está! (*Siéntase á la mesa y pone en un plato un pedazo de pastel.*)

ESCENA XVII.

ERNESTO.—HORTENSIA.

HORTEN. (*Corriendo.*) Qué veo!

ERNEST. (*Comiendo muy de prisa y fingiendo no haber visto á Hortensia.*) Este pastel está delicioso.

HORTEN. ¿Usted aquí?

ERNEST. (*Hace ademan de levantarse.*) Ah! ¿Me permite usted que continúe?

HORTEN. Sí señor.

ERNEST. Ya vé usted, señora, tengo un hambre devoradora. Desde ayer tarde no he tomado nada.

HORTEN. Pero hace poco...

ERNEST. Ah! sí, andaba con melindres... era para hacerme el interesante.

HORTEN. (Qué dice?)

ERNEST. (*Continúa comiendo con apetito.*) Este plato está esquisito.

HORTEN. Caballero!

ERNEST. Perdone usted, creía...

HORTEN. Pero, en fin, ¿me esplicará usted al fin?...

ERNEST. Ah! sí; ¿este cambio?... es justo. Desde esta mañana solo he representado al lado de usted una comedia.

HORTEN. (Es posible!)

ERNEST. No he pensado una palabra, ni una sola palabra de cuanto la he dicho.

HORTEN. (*Confundida.*) Dios mio!

ERNEST. (*Levantándose.*) Ahora, ataquemos el pollo.

HORTEN. Me parece que tengo derecho á una esplicacion.

ERNEST. (*Continúa comiendo.*) Voy á dársela. Habiéndome hecho mi amigo esta mañana un cuadro bastante sombrío de los rigores de usted, se me ocurrió la idea original de conquistarla para

abrumarla en seguida con mi indiferencia, vengando así de un solo golpe todas sus víctimas.

HORTEN. (Oh!)

ERNEST. Pero confié demasiado en mis medios de ataque; y su corazon de usted salió victorioso.

HORTEN. Así, pues, ¿usted no me ama?

ERNEST. Ni pizca.

HORTEN. Esa conducta es innoble!

ERNEST. (Esta herida en su amor propio! Que sufra!)

HORTEN. Ha desempeñado usted un papel indigno de un hombre honrado!

ERNEST. ¿Qué importa, puesto que no he podido triunfar?

HORTEN. (Estoy indignada!)

ERNEST. Por lo demás, puesto que usted ha sido franca conmigo, dispénseme usted que á mi vez lo haya sido con usted.

HORTEN. Esto es demasiado!

ERNEST. Qué quiere usted!

HORTEN. Es usted insoportable!

ESCENA XVIII.

ERNESTO.—HORTENSIA.—TOMASA *por el fondo.*

TOMASA. (Hola! hola! están riñendo? Ya los pondré yo en paz.) *(Saca una carta del bolsillo.)* Señorito?...

HORTEN. (*Queriendo tomarla.)* Dáme esa carta.

TOMASA. (*Dándosela á Ernesto.*) Lea usted!

HORTEN. Esto es demasiado! Véte de mi casa.

ERNEST. Qué he leido!

HORTEN. Ernesto, no crea usted...

ERNEST. (*Con alegría.*) Me ama!

TOMASA. Sí señor: ¿á qué negarlo?

ERNEST. Ah! Soy el más feliz de los hombres!

HORTEN. Qué dice?

ERNEST. Sí señora, sí; el despecho de no ser amado de usted ha sido el único móvil de todas mis impertinencias.

TOMASA. (Cuando yo decia que iba á ponerlos en paz...) Vamos, el señorito ha querido dar á mi señora la leccion que mi señora le habia dado antes.

ERNEST. Ah!

TOMASA. Sí señor, lo dicho; pero tambien ¿por qué ha querido usted tomar la defensa de su amigo?

ERNEST. Cómo! Tú sabias?...

TOMASA. Todo... Me oculté detrás del cenador...

HORTEN. Y me contó los proyectos de usted.

ERNEST. Ahora lo comprendo. (*Cambia de tono.*) Señora, poseo 20.000 duros de renta, amo á usted como un loco, y tengo el honor de pedirla su mano.

HORTEN. Yo... debería rehusar...

ERNEST. Pero usted acepta, ¿no es cierto? Ah! Cómo espresarla?...

HORTEN. Silencio! Ahí viene don Severo.

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos.—DON SEVERO: *trae la cabeza rapada á navaja. Ernesto, Hortensia y Tomasa, rien á carcajadas al verle.*

ERNEST.
HORTEN. } Já, já, já, já!
TOMASA.

SEVERO. (*Estrañado.*) (Calla! De qué se rien?)

TOMASA. (*A Hortensia y Ernesto.*) Es la idea que yo le dí para que se hiciese amar de la señora!

SEVERO. (*Trae guantes blancos. Gravemente.*) Señora, vengo de pelarme: amo á usted como un imbécil, y tengo el honor de pedirla su mano.

TOMASA. Llega usted tarde. La señora acaba de prometérsela al señorito Ernesto.

SEVERO. (*Admirado.*) A Ernesto!

ERNEST. Sí, amigo mio.

HORTEN. Sí señor.

SEVERO. (Pues señor, no lo entiendo.)

ERNEST. Dentro de un mes estaremos casados.

SEVERO. (Decididamente esta criada es estúpida. Ahora siento mis pelos.) Con que es decir que en tí se cumple el adagio... *De fuera vendrá....*

ERNEST. *Quien de casa nos echará!*

TOMASA. Y á mí, señora, ¿me echa usted tambien?

HORTEN. Oh! No. Desde hoy te doblo el salario, y no te separarás de nosotros. (*Dirigiéndose al público*).

Si hoy atrevido traspasa
la franco-hispana frontera
este proverbio, quisiera
que no le arrojeis de casa
aunque ha venido de fuera.

FIN.

CENSURA DE TEATROS DEL REINO.

—

Habiendo examinado este proverbio, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice, si se suprime lo señalado en las escenas 3.ª y 7.ª Madrid 14 de mayo de 1859.

El censor de teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

NOTA. Se ha suprimido lo tachado.

Achaques de siglo actual.
Un Hidalgo aragones.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la Fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La Caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Desdichas de Timoteo.
La luna de miel.
Un Ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los Pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo, ó el Princ. de Montecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su mujer.
La Ley Sálica.
Un Casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un Divorcio!
La Hija del misterio.
Las Cucas.
Gerónimo el albañil.
Maria y Felipe.

EN UN ACTO.

De fuera vendrá.....
Juan el Tornero.
La doctora en travesuras.
Un milagro del misterio.
La Mula de mi doctor.
A los pies de V., señora.
Remedio para una quiebra.
El sistema de Felipa.
El sistema de Felipe.
La mujer de dos maridos.
Ladron y Verdugo.
La astucia rompe cerrojos.
Un viaje alrededor de mi mujer.
Un viaje alrededor de mi marido.
El marido universal.
Un Sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los Preciosos ridículos.
Lo que al negro del sermon.
La Union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un Fusil del Dos de mayo.
Cuerdos y locos.
Pst., Pst.
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La Piel del Diablo.
Si buenas ínsulas me dan...
El Perro rabioso.
De qué?
La Herencia de mi tia.
La Capa de Josef.
Alí Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los Apuros de un Guindilla.
El Sacristan del Escorial.
El Sol de la libertad, *loa.*
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos Casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De Potencia á potencia.
Las Avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El Rey por fuerza.
Las Obras de Quevedo.
Un Protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo delperegil.
El Chal verde.
El don del cielo.
La Esperanza de la Pátria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una Apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La Eleccion de un diputado
La Banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al Diablo.
Una Ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los Tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las Jorobas.
Los Dos amigos y el dote.
Los Dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios por amor.
Mi Media naranja.
Un Ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro Perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton.... y soy dichosa!
El Premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El Turron de Noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.
Un Año en quince minutos.
¡Un Cabello!
Como usted quiera.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

Concha!
Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Una Aventura en Marruecos.
Haydé ó el secreto.
El Tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las Señas del Archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El Marido de la muger de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!
Los Dos Venturas.
De este mundo al otro.
El Sacristan de San Lorenzo
El Alma en pena.
La Flor del valle.
La Hechicera.
El Novio pasado por agua.
La Venganza de Alifonso.
El Suicidio de Rosa.
La Pradera del canal.
La Noche-buena.
Una Tarde de toros.
Partitura del Duende, para piano y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
Legislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.
Curso de Derecho Mercantil de España, por el doctor D. Pablo Gonzalez Huebra.

ADVERTENCIAS.

Tomando toda la coleccion de la España dramática, se hace la rebaja de 50 por 100.

Pidiendo ejemplares á la Direccion, que lleguen á 200 rs., se hace la rebaja de 20 por 100.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Lope de Vega, núm. 26.